

Discronías.

Agustín Berti.

Cita:

Agustín Berti (2018). *Discronías*. *Nombres (Córdoba)*, 26 (1), 265-288.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/agustin.berti/93>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/patg/mhP>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

DISCRONÍAS

Agustín Berti

*No es posible definir el funcionamiento del género
sin tener presente la tensión que la novela mantiene, desde su origen,
con este campo imaginario colectivo que es la ilusión social.
En la sociedad tiene mucha importancia lo que todavía no es,
lo que no existe, aquello de lo cual se habla ya sea
porque no se quiera que exista o porque sí se quiere.
Ese lugar es básico: es el lugar de la utopía,
pero también el del procedimiento del terror.*

Ricardo Piglia, "Tercera clase. 17 de septiembre de 1990"

La ficción utópica, una rama moderna de la alegoría política, se nutre de la falta de certezas geográficas de su época: al espacio no cartografiado era posible imprimirle la posibilidad de otras formas de darse gobierno. Para el siglo XVII además, el tiempo aún era un invento lento, vacilante, distribuido de forma desigual, más burgués que campesino. Puesto de otro modo, el ciclo de las estaciones tenía mayor aplicación práctica, cotidiana, que el ciclo del minuterero. La percepción privada del tiempo cronométrico fue lujo de rentistas y banqueros antes de devenir en instrumento de explotación fabril. Por contraste, el tiempo homogéneo y discreto, *artificial*, del reloj no hace más que constatar el orden *natural* de las estaciones. La oposición es antigua y ha tenido múltiples iteraciones, las resume la distinción entre el círculo y la línea: el tiempo homogéneo del progreso avanza, el ciclo de las estaciones se vuelve sobre sí mismo, repitiéndose año a año. (La idea del espiral intenta conciliar las distinciones insertando el cambio en la repetición ligeramente divergente). La novedad técnica, en todo caso, estriba en la emergencia de un criterio sólido de repetición¹ que permite una acumulación discreta de unidades de distinto nivel, idénticas entre sí: segundos, minutos y horas. Y que estabilizan las uni-

1 Solidez materializada en los engranajes metálicos que componen los mecanismos cuyos dientes están separados por intervalos idénticos.

dades más extensas y menos asibles en las que se va la vida: días, meses, años.

En aquellos tiempos, el alcance de cada serie temporal decía mucho de las ocupaciones humanas: los historiadores y cronistas traficaban en siglos y milenios; los administradores, fueran estos posaderos o monarcas, en días, semanas y meses (acaso en años, los más previsores, los bodegueros). Pero el capital financiero, abstracto, sin tierras, cultivos o arrendamientos, demandó de los técnicos la fabricación de ingenios que permitieran un negocio equivalente en unidades discretas y transables mucho más modestas, aquellas en las que se pudiera descomponer una jornada. Con este giro, un artificio lento como el tiempo, que transcurría en la acumulación trabajosa de papiros, cosechas, barricas y edificaciones de piedra, madera o barro, comenzó a aligerar su paso mientras se despegaba de los ritmos estacionales. Con todo, no fue una progresión unidireccional. Si la técnica aceleró el tiempo, la ciencia lo ralentizó: los eruditos pasaron de comerciar con siglos a hacerlo con eras. La expansión de la paleontología, la geología y la biología desde el siglo XVIII, permitió escapar por arriba del laberinto de los ciclos cortos de la naturaleza y de la vida humana, y relativizar nuestra excepcionalidad en tiempos que excedieran los de nuestra especie. El abandono de la antropometría es un efecto de las revoluciones técnica y científica.

Como lo señalara Marx, la expansión de la ciencia y de la técnica está fogueada por el capital. Y en esta empresa, dos pares de dispositivos demandan ser abordados por separado para comprender un funcionamiento cada vez más convergente: el mapa y la brújula; el calendario y el reloj.² Para pensar los dispositivos cabe detenerse en algunos aspectos evidentes. El primer par se ocupa del espacio; el segundo, del tiempo. Asimismo, los primeros elementos de cada par son registros; los segundos, instrumentos de percepción. Agreguemos a esta caracterización un tercer aspecto: ambos pares, bien que de modo más marcado el segundo, permiten establecer unidades discretas y con ellas ubicarnos (y calcularnos) en el espacio y en el tiempo.

2 En otro texto, en el número 28 de esta revista, presenté la intuición de una aceleración del tiempo por la aparición de los estándares. De algún modo, estas páginas procuran revisar y continuar lo expuesto en aquellas.

1. MAPAS DE NINGÚN LUGAR

La potencia disruptiva de la utopía como género radica en contrastar los modos de gobierno existentes con otros que existirían *al mismo tiempo*, en otro lugar. (Incluso en uno tan distante como la luna, según sugiriera Cyrano de Bergerac). Para la utopía, el pasto es más verde en el jardín del vecino imaginario. Sólo que en lugar de ejercitar la queja, se pregunta por qué abono y qué sistemas de riego utiliza. En ese sentido, no se trata de una variante culta de mesianismo, sino de una forma literaria de política especulativa comparada: la ilusión social se desplaza desde la redención al final de los tiempos hacia la demanda de una mejora como la que ya podría estar sucediendo entonces en algún lejano rincón del globo, según las noticias que nos trae el navegante Rafael Hitlodeo, en el libro más célebre de Tomás Moro.³ Ahora bien, como señala Piglia, hablar de lo que todavía no es habilita también el procedimiento inverso, disuasorio, del terror. La *distopía* pone en funcionamiento mecanismos topográficos análogos a los de Moro aunque en un sentido opuesto.⁴ Acaso uno de sus primeros exponentes sea una novelita satírica de Samuel Butler, *Erewhon, o Al otro lado de las montañas*, que transcurre en ningún lugar, o “nowhere”.⁵ En la novela de Butler, un narrador victoriano, Higgs, llega a un país escondido en las cadenas montañosas de Nueva Zelanda en el que existe un modo de organización polí-

3 Cabe señalar la ambigüedad que habilita la fonética inglesa de la etimología griega: utopia y eutopia. El sufijo negativo “u” [ou] da el sentido de “lugar que no es” o “lugar que no existe”, *nowhere*, aunque, en la segunda edición de su libro, Moro sugiere que “no Utopía, sino más correctamente mi nombre es Eutopía, un lugar de felicidad.” *More’s Utopia. the English Translation Thereof Made by Raphe Robynson, (sometime Fellow of Corpus Christi College, Oxford), Printed from the Second Edition 1556. to Which Is Prefixed the Life of Sir Thos. More, Written by His Son-in-Law William Roper, Reprinted from Hearne’s Edition, 1716. Edited, with Introduction, Notes, Glossary and Index of Names, by J. Rawson Lumby, D.d. Fellow of St Catherine’s College Norrissian Professor of Divinity.* Cambridge: At the University Press; Deighton, Bell, and Co.; London: Cambridge Warehouse, 17, Paternoster Row ; Leipzig: F. A. Brockhaus, 1879, p. 171. Ésta y todas las traducciones subsiguientes son mías. La segunda denominación, abre la posibilidad de un país de Jauja bajo economía planificada o, incurriendo en anacronismo, en el paraíso estatista perdido.

4 El prefijo dis- del neologismo adjudicado a John Stuart Mill se impuso por sobre la mucho más cacofónica “cacotopía” propuesta por Jeremy Bentham.

5 En *Diferencia y repetición*, Deleuze cambia el eje espacial por el temporal, al proponer que la letra muda desplazada cambia el sentido: “now here”: “ahora aquí”.

tica y económica diferente de la Inglaterra de la época, paraíso del tecnoutopismo, donde es encarcelado por posesión de reloj. En este estado imaginado por Butler rige una restricción: la prohibición de usar inventos posteriores a una fecha determinada del país que equivale al desarrollo europeo del siglo xvi. Esta desaceleración forzosa del desarrollo técnico propone así no una negación de la tecnología bajo la forma de un conservadurismo pastoral idealizado sino una relación supuestamente adecuada con la técnica, acompasando el devenir maquínico al humano. En Erehwon se pone un límite de velocidad al cambio técnico. La prohibición de este peculiar estado se basa en *El libro de las máquinas*, texto en el que se presenta una tesis sobre la evolución tecnológica que postula su equivalencia con la biológica. Tal “darwinismo técnico”, a los ojos de Higgs, anticipa el terror distópico por excelencia: la rebelión de las máquinas.

La premisa de Butler se adelanta cien años a una intuición de otro de los grandes distopistas. William Gibson afirma que desde la segunda revolución industrial hemos estado surfeando, fascinados y aterrados, una ola de tecnoshock constante, lo que nos vuelve, de algún modo, profundamente victorianos.⁶ Sólo que en la primera y la segunda trilogía de novelas de Gibson, las inteligencias artificiales pasan de ser el némesis de lo humano a apenas un actor más (junto a humanos y animales protésicamente aumentados, bioartefactos, e identidades codificadas) en el mapa convulsionado del neoliberalismo global. El gran ordenador político sigue siendo el capital, y la disputa es entre desclasados y oligarcas, sin que las derivas ontogenéticas alteren la distribución desigual de la riqueza. Ése es el aspecto que destaca a las distopías gibsonianas de sus contemporáneas. No hay una Skynet genocida como en el *Terminator* de James Cameron ni burocráticos agentes opresores de una Matrix como en el film de les Wachowsky a los que oponernos. La reducción de nuestra identidad como especie a la mera resistencia a la máquina implica un *telos* agonístico que repite ante lo artificial la oposición humano-naturaleza que supuestamente nos funda como especie, sólo que en la segunda iteración lo humano ocupa el término de la naturaleza.⁷ Por el contrario, las distopías de Gibson repiten el comentario

6 D. Wallace-Wells, “The Art of Fiction No. 211: William Gibson”, *The Paris Review*, n. 197, verano 2011.

7 La segunda iteración de la oposición para definir lo humano es trivial ya que, aceptando la lectura stigleriana de las premisas simondonianas, no hay nada más humano que las máquinas.

alegórico de las utopías modernas bajo el signo de un pesimismo moderado. El novelista norteamericano desplaza ligeramente el eje distópico: del riesgo apocalíptico a la desaparición o sometimiento de la especie debido a una rebelión de las máquinas se pasa a una más pedestre clausura de lo político por la primacía del mercado. En una muy ignorada primera nota de la primera página de su libro más comentado, Frederic Jameson lamenta que su trabajo no incluya ningún capítulo sobre Gibson, a quién señala como “la expresión *literaria* suprema si no del posmodernismo, del capitalismo tardío en sí mismo”.⁸

Cuando comienza a insinuarse la declinación del imperio británico⁹, y apenas extinto el imperio portugués, se constata en los trópicos uno de los primeros ensayos de genocidio por parte de un estado moderno, otro tópico recurrente de la distopía como género. El recuento alucinado de Euclides Da Cunha en *Los sertones* no es una ficción cartográfica como excusa para exponer sobre el buen o el mal gobierno, sino una crónica y un tratado geográfico que anticipan los terrores reales que se derivan del ejercicio (pretendidamente) racional del gobierno. A medida que la expedición de la joven república brasileña contra los milenaristas atrincherados en el asentamiento de Canudos progresa en el árido interior brasileño, el tono de Da Cunha comienza a alejarse de la impronta de Charles Darwin para asimilarse más al del explorador Higgs, el cirujano y matemático Lemuel Gulliver y el navegante Rafael Hitlodeo.¹⁰ Entre

8 *Postmodernism or, The Cultural Logic of Late Capitalism*, Durham, Duke University Press, 2001, p. 419n1.

9 *La máquina diferencial* de William Gibson y Bruce Sterling en 1990 propone una ucronía que suspende esta declinación. Es una reescritura a cuatro manos de *Sybil, or The Two Nations* [Sibila, o las dos naciones] de Benjamin Disraeli de 1845, un *roman à thèse* en la que se discutían los motivos de la división de clases en Inglaterra (las dos “naciones” del título). *La máquina diferencial* ofrece una sombría relectura de la revolución industrial a partir de una premisa retrofuturista: Charles Babbage construyó exitosamente su máquina analítica permitiendo a Gran Bretaña mantenerse como potencia imperial global, capaz de impedir la emergencia de los Estados Unidos y gobernada por el partido Radical, de orientación liberal industrialista que encabeza el primer ministro Lord Byron. El libro originó a un subgénero retrofuturista dentro de la ciencia ficción, el steampunk, que postula un mundo organizado en torno al vapor como fuente de energía y las tecnologías (e imaginería) de la era victoriana. La operación generó una nueva tipología para la asimilación de distopías: diéselpunk, biopunk e, incluso, elfpunk.

10 Que en su tiempo Da Cunha haya sido tenido por sociólogo, ingeniero militar, físico,

tratado científico positivista y crónica de campaña, *Los sertones* puede leerse como distopía anómala, en tanto no se ocupa de lo que no deseamos que exista, sino aquello cuya existencia nos aterra. Y, más aún, lo aterrador no radica en la utopía racial y religiosa de los oprimidos que se proponen fundar un orden alternativo a la república en el desierto bahiano, desafiando al latifundio pero también a la secularización, sino en la barbarización de la república, tres veces derrotada, que en la cuarta expedición militar masacra a la población de Canudos con artillería, corta la cabeza del líder Antonio Conselheiro y la exhibe como trofeo en una lanza.

La rebelión de los sebastianistas de los desiertos bahianos sostenida sobre la profecía de una inversión radical por la cual “o sertão vai virar mar e o mar vai virar sertão”, implicaba una rebelión contra la secularización del estado.¹¹ El pensamiento técnico en sí, parte central de este proceso, suele recibir escasa atención. Uno de sus fundamentos es el proyecto de estandarización que permite una sostenida integración y convergencia de procedimientos y equivalencias. Por eso no es tan extraño que uno de los anatemas de los seguidores de Conselheiro haya sido el sistema métrico decimal. En el momento más atroz de su crónica, Da Cunha describe la operatoria de los obuses y el cálculo geométrico de los ingenieros militares aplicado al terreno que consagra la masacre de la población por medios técnicos. La velocidad, el ángulo y la trayectoria, proyectados, del proyectil instauran un nuevo orden político.¹² El cálculo exacto del sistema métrico decimal consagra la repetición idéntica del intervalo, tanto en el engranaje del reloj como en el que determina el azimut de los cañones

naturalista, periodista, geólogo, geógrafo, botánico, zoólogo, hidrógrafo, historiador, filósofo y poeta habilita estas comparaciones. Y resume, en una individualidad, una idea de mundo.

11 La campaña de Canudos para aplastar a quienes se rebelaban contra la República tuvo lugar entre 1896 y 1897; movilizó más de diez mil soldados, contra una población civil de poco más de veinte mil. E. Da Cunha, *Los sertones: Campaña de Canudos*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003. La campaña contra los destructores de matrices textiles a cargo del general Thomas Maitland en el centro de Inglaterra en 1812 implicó a diez mil soldados, menos que la primera campaña contra Napoleón. C. Ferrer, *Los destructores de máquinas y otros ensayos sobre técnica y nación*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2015, p. 9.

12 La técnica, dice Bernard Stiegler, funda el tiempo. La intrínseca relación entre exteriorización, anticipación y proyección son co-constitutivos tanto de lo técnico como de lo humano. Cfr. *La técnica y el tiempo. El pecado de Epimeteo*, Hiru, Hondarribia, 2002.

de la artillería.

2. DISPOSITIVOS DE CAPTURA

Lo que llamamos distopía, desplazándose de las proyecciones económicas de Mill y Bentham hacia formas literarias narrativas en el siglo xx, se compone, en realidad, de discronías, o antiutopías por venir: *1984* de Orwell, *Un mundo feliz* de Huxley y *La naranja mecánica* de Burgess consolidan su forma canónica. El rasgo que comparten es el temor de sus autores (y de su tiempo) a los estados contemporáneos como formas de organización política a partir de imaginar un devenir atroz. Su punto de partida común no es la especulación sobre posibles adelantos sino la pregunta por los efectos de la aplicación generalizada de tecnologías ya existentes (mediática, farmacológica y clínica, respectivamente). El giro pesimista implícito en la hipérbole replica las tensiones entre apocalípticos y eufóricos ante el cambio tecnológico en distintos ámbitos de la cultura. El polo ucrónico, un tiempo feliz por venir, está encarnado en la trilogía de la *Fundación* de Isaac Asimov: la psicohistoria como ciencia de anticipación de todos los fenómenos sociales instaura la posibilidad de un futuro venturoso científicamente planificado. Los resultados de la creciente imbricación entre la algoritmización de la vida cotidiana y de la disputa partidaria, parecieran inclinar la balanza hacia el pesimismo de los primeros. Por el contrario, el “Manifiesto por una política aceleracionista” adopta una posición más afín al polo ucrónico. Volveré sobre esta variante.

La novela, un invento cultural eminentemente moderno, hijo de la imprenta y la naciente industria del ocio, es uno de los dispositivos privilegiados para la distribución del tiempo en el espacio de las hojas. Por fuera de las reducciones herméticas que omiten su materialidad, una novela es un dispositivo de captura particular que espacializa en la superficie de la página un flujo temporal de pensamiento, lo cose a cuadernillos y lo pega a un lomo, circunscribiéndolo a un ejemplar, impreso y codificado.¹³ La novela es uno de los primeros

13 El rango de la codificación puede oscilar, bien que sujeto a distintas dinámicas de la abstracción. Si creemos al narrador anónimo de “La Biblioteca de Babel”, afirmó que el rango de ese código tiene veinticinco posiciones (veintidós letras, el espacio, el punto y la coma): “De esas premisas incontrovertibles dedujo que la Biblioteca es total y que sus anaqueles registran todas las posibles combinaciones de los veintitantos símbolos ortográficos (número, aunque vastísimo, no infinito) o sea todo lo que es dable expresar: en todos los idiomas.” J. L. Borges,

bienes de consumo estandarizados, es decir, el producto de un criterio de repetición formalizado. En este punto considero necesario presentar una intuición que permita inscribir la producción impresa moderna en una genealogía técnica. El libro impreso comporta tres rasgos novedosos: a) la posibilidad de su reproducibilidad técnica, derivado de b) su existencia como código (que comparte con las partituras impresas), y de c) su carácter materialmente limitado, es decir, concluso (el número finito de sus páginas). Intentaré exponer brevemente las implicancias de estos rasgos para la constitución de un nuevo orden político (y para la imaginación de otros órdenes posibles).

Durante la reorganización del mundo del libro a partir de la irrupción de la imprenta, el establecimiento de autoría impuso un límite a la velocidad de la reproducción y circulación masiva de textos. Dentro del marco normativo del capitalismo naciente, la asignación clara de un derecho de propiedad sobre un ordenamiento singular del código al que llamamos texto propició la emergencia de una nueva clase propietaria de bienes potenciales, los autores. La novedad es que se trata de una clase que posee derechos sobre abstracciones y negocia sus eventuales realizaciones materiales a partir de cesión de derechos de copia. Consideremos entonces a los libros después de Gutenberg como un producto estandarizado específico: reproducciones de un código materializado bajo un criterio preestablecido, factible de ser sujeto a propiedad a partir de la asignación de autoría. Considerar los límites materiales y jurídicos efectivos del libro impreso permite incluirlo en una genealogía de abstracciones estandarizadas reproducibles que, bien que invisibilizadas, sientan las bases de la cultura moderna. “El narrador” de Walter Benjamin rastrea la emergencia de esta novedad y sus efectos desde la revolución industrial y la progresiva urbanización del mundo. Para aprehender la distopía quiero recuperar el diagnóstico de una

“La biblioteca de Babel”, *Ficciones*, Barcelona, Emecé, 1996, p.467. La primera tabla de caracteres ASCII desarrollada en 1960 a partir del código telegráfico se componía de 128 caracteres especificados en integradores de siete bits. Noventa y cinco de esos caracteres podían imprimirse (los dígitos “0” a “9”, las letras minúsculas de la “a” a la “z”, las letras mayúsculas de la “A” a la “Z”, y los símbolos de puntuación). Además, la especificación ASCII incluía treinta y tres códigos de control hoy obsoletos que operativizaban las máquinas de teletipo. La posibilidad de que el código suponga acción y no solo representación, novedad que introduce la programabilidad, excede este ensayo. Algunos aspectos fundamentales de este problema fueron comentados por Javier Blanco en “Pensar y calcular”, *Nombres*, XXII, Nº 28, 2014.

crisis de la capacidad de transmitir experiencia, pero releýéndolo en clave sociotécnica, a partir de la novela como un dispositivo de captura que comporta efectos de recepción radicalmente diferentes a los de la narración oral. La transmisión de la experiencia de quien ha vivido se encarna en dos tipos de narradores: el campesino que transmite la historia del lugar, portador de la experiencia del tiempo, y el marino mercante que trae noticias de la lejanía, portador de la experiencia del espacio. En el camino de la transición a la industrialización, hay una figura intermedia, el aprendiz de oficios que viaja por los gremios aprendiendo de los maestros para luego establecerse y ser transmisor del saber hacer, conjugando tanto la experiencia del tiempo y como la del espacio:

Pero, como ya se dijo, estas estirpes sólo constituyen tipos fundamentales. La extensión real del dominio de la narración, en toda su amplitud histórica, no es concebible sin reconocer la íntima compenetración de ambos tipos arcaicos. La Edad Media, muy particularmente, instauró una compenetración en la constitución corporativa artesanal. El maestro sedentario y los aprendices migrantes trabajaban juntos en el mismo taller, y todo maestro había sido trabajador migrante antes de establecerse en su lugar de origen o lejos de allí. Para el campesino o marino convertido en maestro patriarcal de la narración, la corporación había servido de escuela superior.¹⁴

En el ensayo, varias tensiones permiten abordar el vínculo de literatura y política: entre artesanato medieval y proletariado industrial, entre narración y novela, entre voz encarnada y libro impreso. Esas oscilaciones se sostienen sobre el cambio operado por la imprenta como tecnología de reproducción, tecnología que guarda relación con tecnologías señaladas en su ensayo más extenso sobre la obra de arte. Como con las reproductibilidades fotográfica y fonográfica, la imprenta opera la abstracción (del contexto de la narración oral a la impresión estandarizada del texto codificado), el diferimiento (de la recepción directa grupal a la lectura en solitario) y la aceleración en su circulación masiva (median-

14 W. Benjamin, *Iluminaciones IV. Para una crítica de la violencia y otros ensayos*, Madrid, Taurus, 1998, p. 113.

te el libro impreso y el periódico). Sin embargo hay una diferencia sustancial, el libro es un objeto espacial en tanto que los filmes y las grabaciones de sonido son objetos temporales, por lo menos hasta que la codificación digital los hizo converger como *outputs* posibles de un único dispositivo computacional.

A partir de la fenomenología de Husserl, Stiegler analiza la particularidad de los objetos temporales en la época de las tecnologías analógicas de registro y reproducción. Cada tecnología supone una nueva modalidad de exteriorización, una nueva forma de continuación de lo humano fuera del cuerpo. Libro, grabación y filmación son formas de retenciones terciarias, disponibles incluso más allá de la muerte de quien la produjo, pero su escala industrial las hace diferentes de formas retencionales previas. En el tercer tomo de *La técnica y el tiempo*, Stiegler identifica un aspecto distintivo de las retenciones analógicas: su capacidad de influir sobre las retenciones primarias y secundarias a una escala de sincronidad inédita en las retenciones terciarias previas, sentando las bases de una cultura de masas. Los objetos temporales nos permiten no sólo experimentar el flujo temporal, sino revisitarlo. Y este modo de percepción de un transcurrir establece un vínculo entre novela y cine como formas fundamentalmente narrativas (no con la fonografía, porque la música se ha erigido en la forma predominante de ese modo retencional).

El cine, al menos en su forma hegemónica durante el siglo xx (como ficciones de entre sesenta y doscientos minutos) es la continuación de la novela como arte/entretenimiento de masas. De todos los ordenamientos posibles de la serie de fotogramas, el cine decantó hacia uno narrativo, organizado en base a un montaje transparente que, respetando el código institucional característico del cine hollywoodense, ofrece una obra que no explicita el artificio y que está a la vez clausurada, determinada por un metraje dado. Este particular dispositivo de captura de lo real ha sido otro de los canales privilegiados para la edificación de distopías. De la *Metrópolis* de Lang y la malthussiana *Cuando el destino nos alcance* de Fleischer a la humanidad como matriz energética de las máquinas en el film de les Warchovsky o los riesgos de las autoconciencias de Hal-9000 y de Skynet, el cine proveyó un repertorio fértil de imágenes para la especulación filosófica y la anticipación política. Sin embargo, entre la distopía fílmica y la utopía libresco hay una brecha que no es sólo de contenido, sino también de forma y, más aún, de continente. Las utopías no son novelas sino sátiras o ensayos, formas diferentes a la hegemonía de la narrativa como bien de consumo, que Benjamin vería encarnada en la novela del siglo xix y que Christian Metz

identificaría en el supergénero filmico del siglo xx: la ficción cinematográfica.¹⁵ La novela de ciencia-ficción y la película de ciencia-ficción operan la transformación del problema en trasfondo de la peripecia, subordinándolo al devenir de la trama. A fuerza de repeticiones, estas ficciones nos han transmitido la experiencia de lo que aún no ha sucedido. Sabemos, como Juan Salvo en *El eternauta*, que cuando la sociedad colapse primero debemos saquear la farmacia, la despensa y la armería. Luego, conseguir combustible y levantar muros.

3. ÚLTIMO BONDÍ A FINISTERRE

Hay una variante recurrente de las formas especulativas narrativas: la ficción apocalíptica. Tópicos como la plaga, el desastre natural, el desastre ecológico, la rebelión de las máquinas o la guerra nuclear suponen que el fin de la sociedad es el fin del tiempo lineal, asociado a la destrucción de las redes de información y comunicación. Esta forma de distopía (en realidad, de discronía) suele presentar un involuntario retorno de la humanidad sobreviviente a un estado de naturaleza ya superado. Por su dependencia de la forma narrativa, sus alcances filosóficos suelen ser triviales, ofreciendo apenas un repertorio de imágenes de futuros posibles. Pero más allá de la ficción literaria o audiovisual, la integración creciente de los sistemas tecnológicos sobre los que se desarrolla la sociedad contemporánea y su dependencia cada vez mayor de redes de energía y comunicaciones implica lidiar con el problema de su fragilidad ante eventos imprevistos. Las proyecciones de escenarios posibles son uno de los nuevos escenarios de disputa que los modelos de acción racional, la algoritmización del gusto y la especulación bursátil ponen de manifiesto, por mencionar algunas de sus formas más visibles.¹⁶

15 C. Metz, "The Fiction Film and its Spectator: A Metapsychological Study", Hak Kyung Cha, Theresa (ed.), *Aparatus, cinematographic apparatus: Selected writings*, Nueva York, Tanam Press, 1980, p. 402.

16 El informe del Comité sobre los Impactos Sociales y Económicos de Eventos de Clima Espacial Severo de Consejo Nacional de Investigación de Estados Unidos advierte: "Because of the interconnectedness of critical infrastructures in modern society, the impacts of severe space weather events can go beyond disruption of existing technical systems and lead to short-term as well as to long-term collateral socioeconomic disruptions. Electric power is modern society's cornerstone technology, the technology on which virtually all other infrastructures and services depend. Although the probability of a wide-area electric power black-

Algo similar sucede con la creciente dependencia de la logística de los alimentos en territorios que no tienen capacidad de producirlos o distribuirlos y los riesgos de hambruna que esto entraña. O con la desregulación del sistema financiero y su volatilidad, como ocurrió con el estallido de la burbuja inmobiliaria norteamericana en 2008. Acaso uno de los aspectos más inasibles para lo que Piglia identifica como “ilusión social” sea la inestabilidad de las infraestructuras sociotécnicas (y nuestra pérdida de aptitudes para compensar su eventual falla). La complejidad de los flujos financieros, el aparato legal que debe controlarlos y la velocidad a la que operan los tornan opacos a la política. Y el problema de la opacidad técnica suele derivar en un sublime tecnológico que impide (o cuanto menos dificulta de manera inédita) la acción humana: los motivos encadenados que llevan al estallido de las burbujas de la crisis sub-prime es tan inasible como un tsunami o una lluvia de meteoros. Que las tecnologías de la información y la comunicación escapen a la percepción humana por la velocidad y la escala a la que operan implica el abandono definitivo de las variables antropométricas para dar sentido a lo social.

La aceleración de lo humano mediante la técnica opera como fuga hacia adelante, un impulso neguentrópico exponencial que quizá sea demasiado frágil como sistema, pero que se conforma como apuesta ciega, apuntalada por la opacidad del entramado sociotécnico. Sobre esta percibida fragilidad construyen su fábula conservadora ciertas ficciones, que como algunas variantes del apocalipsis, suponen la purga de un exceso: lo humano. La medida justa resulta del nuevo balance que arroja nuevamente al hombre en la naturaleza y la reformulación de la comunidad que al menos por un tiempo deja de ser política. Angélica Gorodischer, que desprecia la sordidez técnica del cyberpunk, propo-

out resulting from an extreme space weather event is low, the consequences of such an event could be very high, as its effects would cascade through other, dependent systems. Collateral effects of a longer-term outage would likely include, for example, disruption of the transportation, communication, banking, and finance systems, and government services; the breakdown of the distribution of potable water owing to pump failure; and the loss of perishable foods and medications because of lack of refrigeration. The resulting loss of services for a significant period of time in even one region of the country could affect the entire nation and have international impacts as well.” *Severe Space Weather Events: Understanding Societal and Economic Impacts : a Workshop Report : Extended Summary*, Washington, DC, National Academies Press, 2009, pp. 2-3.

ne la siguiente fábula:

Piensen entonces la muerte del Imperio, vean las ciudades destripadas, los campos quemados, las calles desiertas; oigan el silencio, el viento que bramando hace caer las piedras sueltas de los edificios en ruinas. No hay alimentos, no hay agua potable, no hay vehículos, no hay medicamentos (...) No hay nada, ni siquiera un símbolo del poder por el cual luchar: el trono de oro se ha perdido, no existe, o si existe ha quedado sepultado bajo una montaña de cuerpos rotos y de desperdicios. La guerra también ha muerto y sólo queda el olvido. La población del Imperio ya no es la mitad de lo que fue: no quedan más que grupos de nómades embrutecidos que se abrigan con harapos arrancados a los cadáveres y se refugian entre paredes tambaleantes que aun sostienen restos de lo que fue un techo y se alimentan con lo que encuentran a su paso, o con algún animal que cazan o a veces, si el frío los priva hasta de eso, con la carne del más débil o el más desprevenido del grupo.¹⁷

En la fábula de Gorodischer, un niño curioso y desobediente reconstruye el Imperio. La pregunta recurrente de los cuentos de *Kalpa Imperial* es por las iteraciones posibles del buen gobierno y no por la interrupción de la línea. Las proyecciones distópicas, por el contrario, indican el final del recorrido.

4. CLAROS EN EL BOSQUE

Un *locus* recurrente de la ficción distópica es el último refugio seguro.¹⁸ Cuando el sistema alcanza un punto de insustentabilidad, la purga desplaza los sobrevivientes hacia el espacio de refundación. (En su versión más nihilista, *La carrete-*

17 “El retrato del emperador”, *Kalpa Imperial*, Buenos Aires, Minotauro, 1983, pp- 20-21.

18 En una intervención polémica reciente, Donna Haraway sugiere que “[j]usto ahora, la tierra está llena de refugiados, humanos o no, sin refugio”, “Anthropocene, Capitalocene, Plantationcene, Cthulucene”, *Environmental Humanities*, 6, 2015, p. 160. Tal estado de desamparo del presente no es época geológica propiamente dicha, sino un acontecimiento límite, que implica apenas diez milenios. Solo que el vector de la catástrofe es la acción humana bajo la lógica de la producción agrícola o la producción capitalista. Volveré sobre la propuesta de Haraway más adelante. Pero antes es necesaria una crítica del refugio.

ra de Cormac McCarthy, supone que el único refugio posible no es un lugar, el camino del título que no lleva a ningún lado, sino una mínima comunidad con aquellos que eligen no volverse caníbales.) La ficción requiere un motor para la acción, sin la posibilidad del reingreso a la civilización, la ficción apocalíptica es insoportable. Hay un gesto conservador en la búsqueda del refugio: los que no están infectados pueden entrar. (En *Stake Land* el refugio se llama New Eden; en la versión fílmica de *Soy leyenda*, está en Belén, Vermont; en *Matrix*, es Zion; repitiendo el lugar común del paraíso perdido). El refugio es además un espacio de privilegio que no puede ser extendido a todo el territorio, un espacio humano en la “justa medida”, el claro en el bosque de la propuesta heideggeriana de *Gelassenheit* ante la técnica. En tanto el bosque permanezca casi inalterado, el claro es tolerable. Pero ni el bosque es perenne, ni el mundo es sólo bosque. Y el claro es una medida humana insuficiente: los procesos naturales no son antropométricos y la serenidad que supone una relación adecuada con la técnica tampoco soportaría la escala de lo humano existente.

Otras posiciones políticas eluden el repliegue. Un lugar común, asocia las rebeliones contra la técnica al temor a las máquinas. Una revisión de la historia de los ludditas lo desmentiría: “Su violencia estuvo dirigida no contra las máquinas *en sí mismas* (no rompían *sus* propias y bastante complejas maquinarias) sino contra los símbolos de la nueva economía política triunfante (concentración en fábricas urbanas, maquinaria imposible de adquirir y administrar por las comunidades)”¹⁹. Atacar un sistema técnico como el de los telares industriales no equivale a atacar la técnica, sino a la política económica de desindustrialización del campo. La reprimarización de los países periféricos y la lógica del neoextractivismo deben revisarse bajo esta luz. El temor a los desiertos verdes que instala el monocultivo con patentes genéticas puede matizarse entonces no como el terror a los bioartefactos sino a la concentración que impone el canon de patentes así como el costo de la maquinaria la imponía a los hilanderos rurales de Nottinghamshire y York. El capital como ordenador del territorio disipa cualquier ilusión del refugio como lo ilustran cabalmente los litigios de Monsanto contra agricultores particulares por infracción de patentes aún cuando estos negaran haber sembrado semillas ajenas o incluso haber fumigado utilizando los químicos a los que las plantas eran genéticamente resistentes de

19 C. Ferrer, *op. cit.*, p. 13.

manera artificial, lo que supondría aceptar utilizar los bioartefectos de acuerdo a su diseño.²⁰ La polinización cruzada con organismos genéticamente modificados señala el límite del repliegue posible desde el momento en que naturaleza y cultura se tornan indistinguibles o, cuanto menos, inseparables.

5. DOS HIPÓTESIS DE LA EVOLUCIÓN MAQUÍNICA

Como el aprendiz de brujo de Disney que manda a la escoba a buscar agua al río y termina inundando la casa al no haberle especificado en su hechizo cuándo detenerse, la expansión incontrolada de lo artificial en lo natural es la variante idiota de la rebelión de las máquinas. El mito del golem que crece demasiado y aplasta al rabino es otra de sus versiones posibles. Como sugerí antes, la construcción de estos escenarios posibles encuentra en la novela un vehículo privilegiado para presentar el caso. En *Erewhon* de Butler, las peripecias de Higgs son apenas una excusa y su sátira moral y política sobre la Inglaterra victoriana y sus instituciones es mucho más pobre que las que presenta el párroco Swift respecto de la Inglaterra en los albores de la industrialización. El interés real de la proto-distopía de Butler de 1872 radica en los capítulos que resumen *El libro de las máquinas*, una recontextualización narrativa del ensayo “Darwin entre las máquinas” que el autor había publicado casi diez años antes en un periódico de Christchurch, Nueva Zelanda. El texto anómalo de Butler resume de manera asistemática un programa posible para una filosofía de la técnica, casi al mismo tiempo que Marx comenzaba a preguntarse por el sentido de la máquina, mediante una distopía donde la rebelión de los ludditas ha triunfado. En los capítulos 23, 24 y 25, Butler desarrolla la tesis de un hipotético, la escuela de pensamiento predominante en el país imaginado, que señala las similitudes entre el funcionamiento de la máquina y el de los organismos, para luego advertir la diferencia de velocidad entre la evolución biológica y la evolución artificial. Otras distopías que postulan la rebelión de las máquinas encuentran en la computación el camino inevitable hacia una inteligencia artificial, aunque la pregunta que sigue sin poder ser respondida es si calcular equivale a pensar. Lo notable de Butler es que deduce la rebelión de las máquinas no de la automatiza-

20 El caso más elocuente es el del agricultor canadiense Percy Schmeiser, pero existen más casos. http://www.historycommons.org/timeline.jsp?timeline=seeds_tm1n&seeds_legal_actions=seeds_legalMonsantoVSchmeiser.

ción del cálculo sino de la máquina de vapor y la miniaturización de los relojes. Asimismo, anticipa la noción de conjunto técnico simondoniano pero también el lugar del obrero al servicio de la máquina. Y adelanta las intuiciones de la teoría del actor red al proponer que el humano es el factor de polinización en la reproducción maquínica: “¿por qué no podemos ser nosotros parte del sistema reproductor de las máquinas?”²¹, se pregunta el autor apócrifo para rebatir el argumento de que las máquinas no son capaces de reproducirse a sí mismas. Estas intuiciones se presentan a modo de sátira: el resultado de aceptar las premisas del *Libro de las máquinas* es una distopía luddita en la que se transforma Erewhon, país del que Higgs huye despavorido. Pero hay otro aspecto que el autor apócrifo del tratado adelanta: la creciente interdependencia humano-máquina entraña riesgos que, proyectados, son más serios que los problemas acarreados por el abandono a tiempo de la tecnología industrial y el regreso a una escala humana. En este punto Butler introduce también a un detractor apócrifo que postula la imbricación constitutiva entre humano y técnica, adelantándose a la tesis protésica explorada luego por Ortega y Gasset en su *Meditación sobre la técnica*. La oposición humano-técnica se traduce, en un el libro de Butler, a un problema de escala.

Hay otra variante de la evolución técnica ciega, más perturbadora por sus alcances, pero también más temperada en la valoración de su impacto. En *El invencible* de Stanislav Lem, la nave homónima llega al planeta Regis III a investigar qué sucedió con la tripulación del Cóndor, su nave gemela. Al llegar encuentran un planeta que tiene vida en los océanos pero no en la superficie, donde sólo hay aparentes ruinas de una antigua civilización y una forma de vida artificial bajo la forma de nubes de insectos mecánicos inmunes a las armas humanas. El encanto de la novela es hacer de su trama una excusa para escenificar las controversias científicas. El capítulo seis, “La hipótesis de Lauda”, es el punto más alto de esta operación, donde Lem explora la posibilidad de la evolución en el reino artificial. Lauda, biólogo del Invencible, postula lo siguiente: la tripulación de una nave enviada por una civilización no humana perece en Regis III y es sobrevivida por sus autómatas homeostáticos autorregulados. Ante ataques de la fauna local, los autómatas se adaptaron, la combatieron y la extinguieron. La amenaza de fauna voladora podría haber forzado el desarro-

21 J. Butler, *op. cit.*, 242.

llo de máquinas voladoras. Con el paso del tiempo, las demandas de adaptación al medio habrían hecho que las máquinas dejaran de parecerse a los modelos originales:

¿Sigue usted mi razonamiento? Esto significa que se inició una evolución inorgánica. Una evolución de aparatos mecánicos. ¿Cuál es al fin y al cabo el principio fundamental de un homeostato? Sobrevivir, subsistir en un medio cambiante, incluso en las condiciones más hostiles y desfavorables. El peligro principal, para las formas ulteriores de esta evolución de sistemas metálicos, capaces de autoorganizarse, no eran los animales ni las plantas. Necesitaban procurarse de energía y materiales, para producir así piezas de repuesto y mecanismos nuevos. (...) esta situación debió provocar una crisis grave en el abastecimiento de energía, y hasta una lucha entre esos mecanismos, una simple lucha por la supervivencia. Sabemos que en eso consiste la evolución. En una selección natural de los más aptos. En esa guerra, los mecanismos ‘intelectualmente’ superiores, pero incapacitados para sobrevivir, pues eran demasiado grandes y necesitaban cantidades considerables de energía, no pudieron enfrentar la competencia de otros, menos desarrollados pero más económicos y productivos...²²

En términos simondonianos, extendiendo el argumento evolucionista del *Modo de existencia de los objetos técnicos*, nos hallamos ante una hipotética supervivencia del más concretizado. La extinción planetaria de la variante de Lem es ciega: las máquinas no se rebelan, se adaptan al medio y al hacerlo lo modifican. La presencia de la vida bajo el agua se explica porque los cambios ambientales no habían empujado aún a la forma de vida artificial a desarrollar adaptaciones para funcionar en un medio diferente, algo que en el lapso de millones de años podría suceder. Esa forma de evolución hacia la nanotecnología y la inteligencia distribuida que Lem presenta a través de Lauda es una de las primeras distopías no antropométricas, la máquina sólo registrará lo humano en tanto represente una amenaza o un recurso posible. En esta versión, la máquina de-

22 S. Lem, *El invencible*, Barcelona, Minotauro, 2002, p. 60.

viene pura naturaleza.

6. EL ANTROPOMETRISMO NO ES UN HUMANISMO

En la filosofía de la técnica el antropocentrismo supone un límite para sus proyecciones políticas. Acaso el pensamiento ecológico que no abandone la persecución del paraíso perdido, algunas variantes de la búsqueda del desarrollo sustentable y ciertas relecturas recientes de la propuesta simondoniana permitan pensar un política no antropocéntrica.²³ Hay un argumento de peso: el estado actual de distribución de la riqueza, la fragilidad existente de los sistemas sociotécnicos y socioambientales dan cuenta de que la discronía llegó, hace rato. Vivimos un mundo distópico, etimológicamente, un lugar negativo. Por eso la novela de ciencia ficción también pertenece al pasado. A medida que se agotaba el siglo xx, los grandes distopistas como Gibson y J. G. Ballard proyectaban en el presente.²⁴ Y los herederos del alto modernismo se abrían a la especulación de futuros cercanos posibles como escenario de interrogación ética antes acotados a las novelas de género: Cormac McCarthy (*La carretera*), Don de Lillo (*Cosmópolis*) o Kazuo Ishiguro (*Nunca me abandones*), son algunos ejemplos felices.

Ante el diagnóstico del naufragio del proyecto moderno, un dilema que se presenta es cómo formular una teoría capaz de superar los obstáculos de la *realpolitik*. Un intento en esa dirección, el “Manifiesto por una política acelera-

23 Una variante ucrónica a las distopías que multiplica el cine es el solarpunk. Opuesto al nihilismo de cyberpunk, pero rescatando el inconformismo de su segundo término, esta variante imagina futuros luminosos, basados en la proyección de buenos desarrollos de tecnologías existentes combinados con formas de buen gobierno.

24 Un precursor en el giro realista, Ballard extrema los terrores de la alienación y capitalismo contemporáneo en *Crash* (1973), *Rascacielos* (1975), *Noches de cocaína* (1994) o *Milenio Negro* (2003), entre otras. En su giro realista, las novelas de la serie de Bigend de William Gibson se sitúan en el presente más inmediato: *Mundo espejo* (2003), *País de espías* (2007) e *Historia cero* (2010) transcurren el año anterior al de su publicación. Si bien se mantienen algunos rasgos característicos de la prosa gibsoniana, en estas novelas el rol del arte y la moda contemporánea, las distintas profesiones y disciplinas vinculadas a la sociedad del conocimiento, se articulan con la impresión de irrealidad de un mundo crecientemente mediado por la tecnología digital y la vigilancia gubernamental post 11 de setiembre.

cionista”²⁵ llamó a pensar estrategias políticas progresistas a la misma escala y velocidad que el neoliberalismo. Si la primacía del modelo de los flujos financieros especulativos globales sólo es posible por la revolución de las tecnologías de la información y la comunicación, la oposición a este modelo también debería incluir una política algorítmica, sostienen los aceleracionistas.

La irrupción de la estadística como ciencia de la administración del territorio es un primer paso obvio en una pragmática basada en abstracciones calculables. La abstracción de los hechos particulares en datos correlacionables también es determinante para avanzar hacia anticipaciones que no se derivan de la percepción directa. Quien diseña, por ejemplo un arco, puede correlacionar el largo de arco, la tensión de la cuerda, los materiales (tipo de madera, tipo de sogá, peso de la flecha, peso de la punta de la flecha) para estimar alcance y potencia y corregir en base al funcionamiento efectivo. Un sanitarista, por el contrario, con un mapa que muestre la ubicación de distintos tipos de talleres fabriles y la incidencia de determinadas enfermedades puede estimar una correlación imposible de percibir como individuo en la calle. Pero la codificación digital de lo que perciben los instrumentos extiende la estadística más allá de lo social a todos los fenómenos naturales y artificiales: todo es un dato procesable. El tratamiento algorítmico introduce la posibilidad de correlacionar series que antes eran invisibles entre sí y la superposición de capas permite recortar anomalías sobre las regularidades, anomalías antes indiscernibles en el mar de lo perceptible.

El programa del aceleracionismo podría ser sintetizado como una política de la correlación instrumental, que permite pasar del problema del estándar al del patrón, al tiempo que se pasa de un mundo industrial a uno postindustrial: de la procura por regularizar el mundo mediante la producción en serie se pasa la procura por identificar las regularidades en el mundo. Así no se acelera sólo la producción mediante la máquina, sino también la percepción.

25 Alex Williams y Nick Srnicek “#ACCELERATE MANIFESTO for an Accelerationist Politics”, *Critical Legal Thinking. Law and the Political*, 2013. <http://criticallegalthinking.com/2013/05/14/accelerate-manifesto-for-an-accelerationist-politics/>. Ha sido traducido en Armen Avanesian y Mauro Reis (Comps.), *Aceleracionismo. Estrategias para una transición hacia el postcapitalismo*, Buenos Aires, Caja Negra, 2017, pp. 33-48.

7. EL MAPA DEL TAMAÑO DEL IMPERIO

Dennett presenta cinco posiciones ante la pregunta por la existencia de los patrones que van de un realismo fuerte (existen en el mundo) a un pragmatismo fuerte (son creencias útiles para la acción) para finalmente adherir a la tesis de un pragmatismo débil.²⁶ Un comentario de la discusión que propone excede este trabajo pero me interesa detenerme en la relación que establece entre la existencia de o la creencia en los patrones y la facultad de predecir. Para revisar las posiciones, parte de dos ejemplos diferentes: los patrones que manejan dos agentes bursátiles y los patrones utilizados en la compresión de archivos. En el primer caso el criterio se funda en su valor predictivo (o anticipación): qué regularidad nos anuncia qué se repetirá; en el segundo en su valor de reconocimiento (o eficiencia de la copia): hasta qué grado de ruido es tolerable para que la estructura de algo siga siendo discernible.

De fondo la oposición que constata Dennett es entre los patrones considerados como ficciones útiles (instrumentalismo) y como abstracciones útiles (realismo). La pregunta de fondo es si los patrones existen en el mundo o son representaciones mentales que orientan acciones susceptibles de un éxito aceptable. El aspecto interesante para discutir el aceleracionismo es la pregunta por la eficiencia. Dando ya por superadas las tesis de la tecnología como ciencia aplicada, y aceptando la premisa simondoniana del tecnólogo como exhumador de máquinas, los padrones podrían constituir un nuevo modo técnico de representación, un modo que modifica radicalmente el alcance de la anticipación y que a su vez propicia nuevas concretizaciones por ofrecer un mayor conocimiento de las sinergias posibles de la máquina y el medio.

Siguiendo a Dennett, el patrón puede ser reconocido. La imposibilidad de reconocer un patrón nos pondría sólo ante ruido. Pero ciertas entidades perciben patrones que otras entidades no. Para algunos, la anomalía que se recorta sobre la regularidad es evidente, para otros, indistinguible. Los animales perciben aspectos de la realidad que se nos escapan, las máquinas también. Pero si la realidad del patrón es subjetiva, de máxima, o una cuestión de perspectiva, de mínima, ¿cómo conceptualizar la percepción maquinaica? Ésa es la novedad que introduce el *big data*: la posibilidad de establecer correlaciones entre series de datos estandarizados, que escapan a la escala humana de procesamiento. No

26 D. Dennett, "Real Patterns", *The Journal of Philosophy*, 88, 1, p. 27.

son percepciones humanamente posibles, o antropométricas, forman parte de un fenómeno propio del mundo artificial de mayor alcance que comienza con la revolución industrial y se acelera con la digital.²⁷

El grado de concretización del *big data* como conjunto técnico que toma a los humanos como medio social asociado supera a las opciones instrumentalistas para los patrones que reseña Dennett.²⁸ Uno de los problemas que él señala es la eficiencia (las regularidades de la psicología popular que permiten a los hombres navegar el día a día en la vida social, o los modelos de anticipación de valores de distintos agentes bursátiles frente al realismo de patrones más exhaustivos). Es una variante financiera de una vieja humorada de Borges: insatisfechos con la precisión de los mapas que los cartógrafos producían, mapas cada vez más detallados, los mapas de algunas provincias llegan a tener la extensión de ciudades, los del imperio, de una provincia. Finalmente la empresa es abandonada.²⁹ Si hay una distancia entre realidad y representación, el punto óptimo es alcanzar una representación tal que resulte eficiente para anticipar el comportamiento del mundo (o, al menos, de una parcela aceptable), sin insumir tanto tiempo o recursos que impidan la acción efectiva sobre el mismo. Dicho de otro modo, hacer que la información sobre la realidad sea transmisible a mayor velocidad que la realidad misma, sacrificando aspectos contingentes: el ruido de lo que no puede ser patronizado. Con la digitalización ese problema se pone en cuestión: el mapa del tamaño del imperio se vuelve viable, pero no en el espacio, lo que sería ineficiente, sino en el tiempo. En lugar de representar en la simultaneidad, la codificación lo hace en la sucesión ya que la ejecución de un proceso computacional es esencialmente un hecho temporal. Y en el tiempo acelerable, no antropométrico, de las series de datos correlacionables sí hay espacio para secuenciar un mapa del tamaño del imperio.

8. CORRELACIONES NO ANTROPOMÉTRICAS

Las posibilidad de correlacionar series inabarcables o directamente imperceptibles para las categorías humanas vuelve al reconocimiento de patrones un

27 Estas intuiciones las debo a discusiones en curso con Darío Sandrone.

28 Cfr. Simon Mills, "Concrete Software: Simondon's mechanology and the techno-social", *The Fibreculture Journal*, 18, FcJ 127.

29 J. L. Borges, "Del rigor de la ciencia", *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé, 1989, p. 225.

modo de percepción netamente maquínico, que luego los simplifica para hacerlos traducibles a la escala humana.

Stiegler propone pensar la técnica a partir de tres revoluciones retencionales (impresa, analógica y digital): cada una supondría modos de anticipación específicos. La tesis que me interesa discutir es que el *big data* se constituye entonces como el modo de anticipación específico de un nuevo medio caracterizado por la existencia de conjuntos técnicos digitales (con un grado altísimo de estandarización) que ante la codificación de todo dato introducen modos de percepción de la regularidad en el mundo de una escala y un alcance inéditos. Retomando veinte años más tarde la pregunta que se hacía Dennett, tenemos que reconsiderar el pragmatismo del *big data*: ¿Cuánta simplificación puede tolerar la ciencia? ¿Y la política? Con el *big data*, no necesariamente tanta, ya que la medida de las cosas deja de ser antropométrica. Hoy podemos hacer mapas del tamaño del imperio que a la vez sean operables, pero se trata, en todo caso, de un proyecto inconcluso. La crisis de las hipotecas *subprime* en 2008 demuestra cómo la vanguardia de estas tecnologías de anticipación no pueden correlacionar la cantidad de series necesarias para identificar la anomalía respecto del patrón. Es la tensión entre la facilidad de uso y la inmunidad al error, llevada a una escala tal que los márgenes pueden hacer colapsar un mercado. ¿Hay un nuevo marco interpretativo introducido por el reconocimiento de patrones mediante procesos algorítmicos? Retomando la pregunta de Marx por el lugar del operario ante la máquina, si el uso de *big data* para padronizar trasciende los límites de un instrumentalismo antropocéntrico, ¿cuál es el lugar del humano en el conjunto? No hace falta que las máquinas se rebelen contra sus creadores o ni si quiera que se autonomicen, basta con que no releven variables fundamentales para inducir la catástrofe. Ése pareciera ser el límite de la propuesta aceleracionista.

9. LO QUE TODAVÍA NO ES...

Ante la distopía novelada, que sólo brinda un marco de referencia para la supervivencia, el manifiesto se asume programático como una alternativa para evitar ese escenario. Ni Williams ni Srnicek han desarrollado aún una obra consistente, pero su provocación es efectiva para reiniciar la discusión sobre técnica y futuro. Y uno de los puntos más interesantes de su propuesta es que identifican la relevancia de los algoritmos como Marx lo hacía con la máquina. Cuando desarrollan su propuesta, con todo, ceden a una forma de ucronismo entendi-

da como hipermaquinización que, sin saberlo, repite la promesa de una sociedad feliz dedicada a la posibilidad de la persecución de la vida espiritual cuando las jornadas laborales sean de cuatro horas ochenta años después del elogio del ocio de Bertrand Russell³⁰, sólo que a partir de un diagnóstico más severo del estado de situación:

La desindustrialización, en la medida en que entraña el reemplazo del trabajo humano con trabajo crecientemente mecanizado y automatizado, es un paso necesario para trascender el capitalismo. La desindustrialización es la única vía para que escapemos de la imposición del trabajo porque nos permite delegar la producción en las máquinas. Significativamente, la desindustrialización también parece ser el único medio para lograr una sociedad de abundancia y tiempo libre.³¹

Esta versión de la desindustrialización no supone un abandono de la producción maquinizada sino la desaparición de la figura del obrero. Cifra su potencia utópica en un postlaborismo sustentable mediante una renta básica universal como modo de fuga del escenario distópico actual, caracterizado como favelización y encarcelamiento masivo de vastos sectores de la población. La apuesta política aceleracionista es por el control sobre los medios automatizados de producción aunque abandonando la persecución del pleno empleo.

Piglia señala cómo un artefacto particular, la novela impresa, vehiculiza el pavor ante lo que no se quiere que exista y la secreta esperanza de lo que sí. Lugares felices y lugares atroces, pasados que afortunadamente no fueron y que habrían sido si, futuros que serán si esto sigue así, crónicas de los hechos atroces en lugares perdidos, manifiestos y modelizaciones predictivas son, en suma, formas de discusión del buen gobierno. Sólo que la modelización y el reconocimiento de patrones introducen la posibilidad de dispositivos de captura del espacio *en* el tiempo, combinando percepción y registro, a la vez mapa y brújula, calendario y reloj.

La forma de conceptualizar las entidades suprahumanas de Haraway, ins-

30 B. Russell, *In Praise of Idleness and Other Essays*, Nueva York, Routledge, 2004.

31 N. Srnicek, "El postcapitalismo será postindustrial", en Avanesian y Reis, *op. cit.*, p. 115.

pirándose en Bruno Latour, ofrece un contrapunto productivo para una proyección política no discrónica ni centrada en el capital que atienda a algunos aspectos a los que los aceleracionistas no prestan demasiada atención: la existencia de lo humano en relación con otras entidades vivientes y no vivientes. Tal cambio señalaría el paso del Antropoceno al Chtuluceno: “Mi’ Chthuluceno, aún con el lastre de sus problemáticos tentáculos casi griegos, enmaraña una mirada de temporalidades y espacialidades y una mirada intra-activa de entidades-en concurrencia— incluyendo a los más-que-humanos, otros-que-humanos, inhumanos, y humano-como-humus...”³²

El salto que propone demanda una relación postantropométrica con el mundo como la que ya han dado, a nuestro pesar, las máquinas (y como los científicos del Invencible, hacia allí debemos orientar la mirada). Su llamado, formulado apenas como una intervención polémica, es la necesidad de una política para entidades suprahumanas, revisando el imperativo de poblar y adecuando lo humano a los ensamblajes bióticos y abióticos en los que está inmerso. A diferencia de los aceleracionistas, su propuesta es un optimismo a escala: llevar en doscientos años la población humana a dos o tres billones. Asimismo, Haraway señala que eso será posible sólo contando con una narrativa que pueda dar cuenta de este cambio, con la cual hoy, agregado, aún no contamos. Matizando la propuesta aceleracionista, la viabilidad de esa hoja de ruta, por su magnitud, solo podrá ser trazada y seguida algorítmicamente, acelerar la percepción a una escala no humana, para poder desacelerar lo humano. Tal proyecto sería, a fin de cuentas, una ucronía política.

32 Haraway, *op. cit.*, p. 160

¿EL FIN DE QUÉ? IMAGINANDO LA CATÁSTROFE POR VENIR
CAPITALISMO Y COMPOST-ICIÓN DE ENSAMBLAJES MÚLTIPLES
TERRESTRES

Belisario Zalazar

Joseph Conrad y Francis
Ford Coppola tienen razón:
no debemos decir *Apoalypse*
yesterday, sino siempre
Apocalypse now.
B. Latour

Muchos hemos visto esas películas de los 90 en las que un indigente o un vagabundo andrajoso, situado en las calles ruidosas de L.A o Nueva York, desata un desesperado discurso-plegaria anunciando la llegada del Fin de los Tiempos ante una marea de gente que se desplaza entre atónita e indiferente. En esas historias, la salvación, alega nuestro predicador, sólo ha de darse si la multitud anónima decide dar un giro drástico en sus modos de vida y vuelve, como el rebaño, hacia el sendero trazado por la palabra de Cristo. El tono enardecido se eleva junto con el humo negro despedido por llantas encendidas, y un caos urbano asediado por pantallas gigantes que proyectan el logo de compañías y empresas transnacionales.

En la serie, imaginada, de esos personajes apocalípticos, existe una figura singular, compleja, cuya performance discursiva destaca, a mi entender, del resto. Se trata de Domenico, el loco/serio¹ y lúcido esculpido por Andrei Tarkosvkij en *Nostalghia*. El Fin no se anuncia explícitamente, pero al decir “si queremos que el Mundo siga, debemos...” o, “¡Es lo considerado sano lo que ha empujado al mundo al borde de la catástrofe!” está claro que se halla aludido. Lo que separa a Domenico de sus cófrades filmicos es que él no tiene una receta escrita sobre la manera de salir de la inminente catástrofe. El suyo es un mensaje sin Anuncio trascendente que venga desde un más allá a la espera de

1 La especie de “pasacalles” improvisada que cuelga por encima del monumento en el que se halla Domenico momentos antes de su sacrificio reza “Non siamo matti, siamo seri”.

encarnarse (o desencarnarse del todo para volatilizarse en una Idea) en un presente que siempre está, con respecto a ese futuro de *pax perpetua* y buena vida, a destiempo. En lo que sí coincide es en que algo debe hacerse para no arribar a ese desastre último que aniquile toda posibilidad de hacer e imaginar *mundos*.

Pero, ¿cuál es el referente al que disparan estas voces descolocadas, inarticuladas para el oído *racional* (que no es lo mismo que razonable) de los transeúntes que pasan? El candidato parece ser, y para nosotros de hecho así es, el modo de habitar la Tierra en nuestras sociedades hipermodernizadas, arrastradas por un capitalismo avanzado en constante aceleración, y signadas por el individualismo del confort y la acumulación de mercancías (en todas sus formas) sin fin.

Los términos *catástrofe* y *desastre*, asociados, ya sea a eventos “naturales” (es decir sin relación directa con, o causados por los procesos y prácticas de las sociedades humanas), o a la acción derivada de los modo de vida humanos, designan, en los distintos campos discursivos, una terminación abrupta, un desenlace indeseado que desarticula la multiplicidad de lazos semióticos que dan sentido a una comunidad de seres reunidos bajo un *modo de vivir* y percibir(se en) el tiempo y el espacio.

En la miríada de textos provenientes de las distintas disciplinas del saber, así como en zonas narrativas desarrolladas en las diferentes artes (en especial el cine y la literatura), hablar de “la catástrofe” apunta al imaginario del Fin Último. El Fin implica que más allá no hay tiempo que pase, y no hay espacio en el cual la vida terrestre (en sus múltiples *formas*) siga manifestándose en su incesante y aleatorio devenir. En la soteriología cristiana, signo que ha permeado el desarrollo y ordenamiento antropocéntrico de la vida Occidental, El Fin, los tiempos del Apocalipsis, supone el cese de todo tiempo vivido y, a la postre, la estancia Paradisiaca en el goce compartido del Eterno.

Ahora bien, dentro de los pliegues de la conciencia secular globalizada, e inmersos en un biosistema tecnológicamente mediado, cuya direccionalidad está supeditada a la lógica de un capitalismo extractivo con sus políticas de depredación de las tierras, hábitats y *formas de vida*, dibujando un horizonte de Extinción hiperbólica ¿qué significan los conceptos de *catástrofe* y *desastre* puestos a funcionar en las narrativas del Fin? Tal como expone Ludueña Romandini², siguiendo las reflexiones de Jaspers y Gunther Anders, entre

2 F. Ludueña Romandini, “El nacimiento de la catástrofe. Una aproximación histórico-me-

otros, la probabilidad creciente de una catástrofe total resulta de la capacidad de las sociedades contemporáneas en su fase *tecnocientífica*, ya no de cambiar la biosfera, sino de destruirla y así acabar con su propia forma de vida (la especie conocida como *Homo sapiens*). Catástrofe autoinducida. Una vez sucedida, nada habrá existido, y el cosmos material habrá continuado su decurso sin que exista huella (para ello hace falta una memoria cognoscente capaz de percibir y reconocerla como tal) en tanto indicio re-co(g)no(s)cible de la estancia humana en un planeta inhóspito sentido como hogar, y mal concebido como territorio apropiable /explotable (reducción de objetos, cosas, vidas, bienes “naturales”, bienes comunes, a mercancías-propiedad privada)³.

La novedad de nuestra época, el espacio/tiempo que nos toca co-habitar es el del *tecnocapitalismo*. Esta categoría resalta la inextricable unión y evolución (no entendida en términos teleológicos progresivos de perfeccionamiento) de dos fuerzas-motoras-actores de historización: la del capital⁴, y la de la técnica bio-genética-cognitiva-digital. En esta fase del capitalismo avanzado (Braidotti, 2015), o capitalismo tardío (Crary, 2015) la conexión entre Mercado y Tecnologías produce como efecto la mercantilización de todo lo vivo (bio-genética, ciencias cognitivas) y de lo no-vivo (privatización de los derechos de

tafísica”, en *Viviendo la catástrofe. Inseguridad, capitalismo y política*, J. Acerbi, h. Borisonik y F. Ludueña (comps), Usuhaia, UNTDF, 2016.

3 Extracción/Producción-compra/venta = circulación-consumición ãacumulación.

4 Harvey en su libro *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo* efectúa una distinción entre el capitalismo en tanto sistema socio-económico-político, y el capital como proceso y motor-actor regente de las lógicas mercantilizadas de relaciones al interior del sistema capitalista. “Una clara distinción entre *capitalismo* y *capital*. Esta investigación se centra en el capital y no en el capitalismo. ¿Qué implica esa distinción? Por capitalismo entiendo cualquier sistema social en el que predominan de forma hegemónica los procesos de circulación y acumulación del capital a la hora de proporcionar y configurar las bases materiales, sociales e intelectuales para la vida en común. El capitalismo está cuajado de innumerables contradicciones, muchas de las cuales no tienen, sin embargo, nada que ver directamente con la acumulación del capital. Esas contradicciones trascienden las especificidades de las formaciones sociales capitalistas. Como ejemplo podrían señalarse las contradicciones asociadas a las relaciones de género heteropatriarcales dominantes (...) Lo mismo se puede decir de las distinciones raciales, entendidas como cualquier pretensión de superioridad biológica por parte de algún subgrupo de la población frente al resto.”(D. Harvey, *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo*, Traficantes de sueños, 2014, p. 22).

propiedad intelectual, yacimientos megamineros, *fracking*, monocultivo, etc) supeditados a la lógica del beneficio económico de corporaciones transnacionales. “La capitalización de la materia viva crea una nueva economía política” (Braidotti, 2015: 78) donde la población de sujetos humanos, mediados tecnológicamente en sus relaciones con los múltiples otros, se reduce a un cúmulo de individuos subjetivados en tanto potenciales consumidores de mercancías diferenciadas. Las vidas humanas adquieren valor para el capital ya no sólo, y cada vez menos como vaticinara en 1995 Jeremy Rifkin⁵, como fuerza de trabajo, sino que son expuestas, subdivididas y analizadas por los dispositivos tecnocientíficos como zonas de rentabilidad e inversión económica.

La materia en todas sus formas deviene espacio de especulación mercantil. Las actuales biociencias, las ciencias cognitivas, neurales e informáticas se desarrollan en laboratorios y centros I+D financiados por grandes empresas que luego utilizan esos conocimientos y tecnologías en la producción de estrategias de *marketing* o de mercancías diferenciadas (el deseo y las emociones ya son parte de esta macrocategoría). Siguiendo con esa espiral de retroalimentación, el *tecnocapitalismo* operativiza todo ese capital de conocimiento y tecnologías al servicio de nuevos y sofisticados mecanismos de vigilancia y control poblacional. La circulación global, a través de las redes sociales por ejemplo, de bienes, datos, *bytes* y *bit* de informaciones, con su respectiva creación de bancos de datos de informaciones biogenéticas, neuronales y mediáticas sobre los individuos, posibilitan la generación de *perfiles sociales*⁶ y nuevas subjetividades políticas “formattedas” por el brazo invisible neosmithiano de la Matrix-Mercado.⁷

5 Cfr. J. Rifkin, *El fin del trabajo. Nuevas tecnologías contra puestos de trabajo: el nacimiento de una nueva era*, España, Paidós Ibérica, 2010.

6 El perfil social se refiere tanto a los perfiles creados por los usuarios de redes sociales (Facebook, Instagram, etc), así como a los perfiles que crean los dispositivos tecnológicos por medio de la sofisticada Big Data y que utilizan luego empresas, fuerzas estatales de seguridad, etc. El sujeto empresario de sí, es a su vez capturado por las redes que cree utilizar libremente, pero que sin embargo se encuentran controladas por agentes al servicio de la reproducción violenta del capital.

7 “[Hardt y Negri] sostienen que la relación entre el capital y los consumidores ya no está mediada por las cosas sino por la información, las imágenes, los mensajes y la proliferación y la mercadotecnia de las formas simbólicas que se relacionan y trabajan sobre la subjetividad política de poblaciones enteras, lo que equivale al intento del capital y del Estado de in-

El objetivo: el crecimiento exponencial y la acumulación sin fin solventados en una metafísica del progreso y la modernización infinita. La síntesis: “una gubernamentalidad necropolítica que convive felizmente con la gestión de la vida misma”⁸.

En esta filosofía de la historia lanzada hacia el futuro, donde la producción de bienes y servicios consumibles se aceleran a niveles impensados (obsolescencia programada o causada por el avance en la tecnociencia), el presente se torna evanescente, y con él aparecen los trastornos de ansiedad, psicosis, angustia, cansancio y frustraciones del sujeto tecnomoderno aislado de los lazos comunitarios reales. Al respecto, afirma Jonathan Crary:

Nunca habrá un “ponerse al día”, en términos sociales o individuales, con las cambiantes necesidades tecnológicas. Para la gran mayoría de las personas, la relación perceptual y cognitiva que tenemos con la tecnología informacional y comunicativa seguirá siendo distante y no alcanzaremos jamás un lugar de poder sobre ellas. Todo esto se debe a la velocidad con la que surgen nuevos productos y tienen lugar reconfiguraciones arbitrarias de sistemas enteros. Este ritmo intenso excluye la posibilidad de familiarizarse con cualquier situación.⁹

La idea de progreso descubierta como destino por los Modernos no es sino “una continua autojustificación del presente, mediante un futuro que él mismo se da, ante el pasado, con el cual se compara”¹⁰. Esa idea de progreso abierto por el método científico y sus resultados en el campo del conocimiento y la

volucrarse en la manipulación biopolítica de las poblaciones y en la producción de nuevos sujetos políticos.” (D. Harvey, *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo*, op. cit, p. 233). En este campo de pensamiento crítico del capitalismo cognitivo (una de los tantos nombres que le da Braidotti al capitalismo avanzado en su libro *Lo Posthumano*) son de suma importancia las investigaciones emprendidas por Franco “Bifo” Berardi, en especial recomendamos su *Fenomenología del fin. Sensibilidad y mutación conectiva*, Buenos Aires, Caja Negra, 2017.

8 R. Braidotti, *Lo posthumano*, Barcelona, Gedisa, 2015, p. 79.

9 J. Crary, *24/7 El capitalismo tardío y el fin del sueño*, Buenos Aires, Paidós, 2015, p. 64.

10 H. Blumenberg, *La legitimación de la Edad Moderna*, Valencia, Pre-Textos, 2008, p. 40.

técnica, poco a poco se fue transformando con el paso de los siglos en *progreso ilimitado*. Pese a la positividad de esta idea en términos psico-sociales apuntados por Blumenberg, la historia que va desde los años '40 del siglo xx (el hito es la bomba atómica lanzada sobre la población de Hiroshima y Nagasaki) a nuestros días nos muestra ese terreno atiborrado de ruinas avizorado por el ángel de la Historia benjaminiano. Del mismo modo, la Idea-fuerza del progreso ilimitado desplegado en las *narrativas promesantes*¹¹ propias de los discursos del desarrollo modernizador del capitalismo, presenta un peligro en el nivel emotivo de los sujetos: “El peligro de esta idea hiperbólica del progreso es la necesaria *decepción* que tendrá que experimentar cada individuo en el contexto de la historia general, al verse obligado a aportar su trabajo en aras de un futuro del cual él ya no podrá disfrutar”¹². Los sujetos humanos son arrastrados por la vorágine del progreso tecnocientífico, y sus energías vitales, tanto mentales como afectivas, se ponen al servicio de la reproducción de ese fin sin fin.

Byung-Chul Han habla al respecto de la *sociedad del cansancio*¹³, cuyo rasgo distintivo es la aparición en escena del aparato psíquico del sujeto de rendimiento contemporáneo cuya relación consigo mismo se basa en la autoexplotación. En la sociedad del rendimiento, el mandato de la hiperproducción genera individuos aislados, abocados a la tarea interminable de rendir y gestionar su tiempo en beneficio de la máquina tentacular del Mercado. Es esta, nos dice el filósofo surcoreano, una sociedad de exceso de positividad; el verbo modal positivo *poder* (*können*) sin límites rige las vidas de los sujetos. El *Sí se puede*, *Yes, we can* o *Juntos podemos* deviene el slogan motivacional que permea cada sinapsis neuronal del inconsciente social tardomoderno. Los límites, demasiados cercanos, de este esquema de euforia y ansiedad de iniciativas, motivaciones y proyectos, son el fracaso, el cansancio y la depresión.

La depresión (...) se desata en el momento en que el sujeto de ren-

11 Cfr. M. Antonelli, “Minería transnacional y dispositivos de intervención en la cultura. La gestión del paradigma hegemónico de la ‘minería responsable y desarrollo sustentable’”, en *Minería transnacional, narrativas del desarrollo y resistencia sociales*, M. Svampa y M. Antonelli (editoras), Buenos Aires, Biblos, 2012.

12 H. Blumenberg, *La legitimación de la Edad Moderna*, op. cit., p. 43.

13 Cfr. Byung-Chul Han, *La sociedad del cansancio*, Barcelona, Herder, 2012.

dimiento ya no puede *poder* más. Al principio, la depresión consiste en un cansancio “del crear y del poder hacer”. El lamento del individuo depresivo “*Nada es posible*”, solamente puede manifestarse dentro de una sociedad que cree que “*Nada es imposible*”. No-poder-poder más conduce a un destructivo reproche de sí mismo y a la autoagresión.¹⁴

La frustración y el sentimiento de fracaso nacen también de la insatisfacción generada por el imperativo complementario del consumo, terreno en el cual ingresa el mercado de los deseos, los afectos y los sueños “compartidos”. Facebook y sobre todo Instagram son espacios donde la positividad y la felicidad están al alcance de un *like* (en realidad de su sumatoria), así como los lazos y el encuentro con el otro virtual se establece prescindiendo del posible y azaroso encuentro entre cuerpos dotados de una piel sensible. Estamos perdiendo *sensitividad* afirma “Bifo” Berardi. El “visto” en una conversación, la escasez de *likes* y de *amistades* y/o *seguidores* provocan sentimientos de frustración, desánimo y hasta profunda tristeza en los usuarios encarnados. Los usuarios *necesitan* los *likes*, los comentarios, respuestas en sus chats. Las relaciones y los lazos comunitarios se reducen a la lógica de la *conexión* tal y como la conceptualiza el mismo Berardi. Una mutación antropológica tecnocultural se está dando en la esfera psico-afectiva de la comunicación, y la capacidad de compartir significados y de *hacer mundo*, propios de lo humano. Pasamos de la conjunción a la conexión.

Mientras que la conjunción es el encuentro y la fusión de cuerpos eclécticos o irregulares que están continuamente serpenteando su camino sin precisión, repetición o perfección, la conexión es la interacción puntual y repetitiva de funciones algorítmicas, de líneas rectas y puntos que se superponen perfectamente y se enchufan o desenchufan según modos discretos de interacción que vuelven las diferentes partes compatibles a un estándar preestablecido. En este panorama, el pasaje de la conjunción a la conexión como modo predominante de interacción consciente de los organismos es una

14 Ibid., p. 31.

consecuencia de la digitalización de los signos y de la creciente mediatización de las relaciones: esta digitalización de los procesos comunicativos induce a una desensibilización de la curva y del proceso continuo del lento devenir, junto a una simultánea sensibilización al código o a los cambios repentinos de estado.¹⁵

Estamos inmersos en una corriente de socialización y producción forzadas. Multitasking y atención dispersa conducen según Crary¹⁶ a un empobrecimiento de la experiencia, a un mundo social quebrado, de sujetos-islas alejados que se aproximan sólo por Google maps. Cada vez son menos los ritmos compartidos que forjan un habitar colectivo y en común.

De algún modo, este universo diseñado y fabricado, por el capitalismo cognitivo, biogénico y extractivo, con su lógica de gasto y explotación permanente, es responsable de que vivamos, según los análisis de Bruno Latour expuestos en *Face à Gaïa. Huit conférences sur le nouveau régime climatique*, en un Nuevo Régimen Climático. El animal humano, con las tecnologías a cuestas, se ha transformado en una fuerza geológica más, lo que implica que sus acciones son una fuerza activa capaz de trastocar los ecosistemas sobre los que se despliegan las múltiples comunidades vivientes tejiendo redes de pertenencia y co-habitación mutua. Bienvenidos al Antropoceno, la nueva era geológica de la geohistoria, la cual nos impide seguir pensando en la excepción humana con su respectiva separación del devenir de la materia cósmica, y en especial de su incesante y diversificada recreación en la Tierra. Para Donna Haraway, sin embargo, la potencia de nombres como Antropoceno (y sus sucedáneos teórico-cronológicos como Capitaloceno o Plantacioceno) está en designar un evento-límite más que una época: el evento-límite más allá del cual lo que se perdería serían los refugios, los espacios y tiempos para los humanos y otros seres.

Anna Tsing argumenta que el Holoceno fue un largo período en el que las áreas de refugio en las cuales diversos organismos podían sobrevivir ante condiciones desfavorables, aún existían e incluso

15 F. "Bifo" Berardi, *Fenomenología del fin. Sensibilidad y mutación conectiva*, Buenos Aires, Caja Negra, 2017, p. 30.

16 Cfr. J. Crary, *24/7 El capitalismo tardío y el fin del sueño*, op. cit.

eran abundantes, pudiendo sostener una repoblación cultural y biológica rica y diversa. Tal vez la indignación merecedora de un nombre tal como Antropoceno sea la de la destrucción de espacios y tiempos y de refugios para las personas y otros seres. (...) El Antropoceno marca discontinuidades graves; lo que viene después no será como lo que vino antes. Pienso que nuestro trabajo es hacer que el Antropoceno sea tan corto y leve como sea posible y cultivar, unos con los otros en todos los sentidos imaginables, épocas por venir en las cuales se puedan reconstituir los refugios.¹⁷

Las alarmas no han dejado de sonar, pese a que los *climatoescépticos*¹⁸, con su discurso lobista pro-mercado/confort, han logrado mitigar la escucha de las mismas. Derrames de Petróleo en los Océanos, tsunamis en el Pacífico, el desastre de Fukushima, la creciente desaparición de los bosques en Europa y ahora en América Latina, forman parte de un sinfín de esas alarmas-catástrofes¹⁹. La fuerza del capital especula sin embargo con los límites, borrando la probabilidad misma de su existencia. En su lugar nacen los discursos de los riesgos mínimos, el riesgo tecnológico o el riego controlable. A pesar de todo, en el imaginario se fortalece la visión de la catástrofe:

[...] se perfila en el horizonte la posibilidad inaudita de que una intervención humana altere de forma catastrófica el funcionamiento de las cosas al desencadenar un desastre ecológico, una fatídica

17 D. Haraway, "Antropoceno, Capitaloceno, Plantacionoceno, Chthuluceno: generando relaciones de parentesco", en *Revista Latinoamericana de Estudios Críticos Animales* Año III, Vol. I, Junio 2016, p. 17, disponible en <https://www.revistaleca.org/>

18 Cfr. B. Latour, *Cara a cara con el planeta. Una nueva mirada sobre el cambio climático alejada de las posiciones apocalípticas*, Buenos Aires, siglo XXI ediciones, 2017.

19 La cuestión es mucho más compleja. Al respecto, apunta Haraway: "Se trata de algo más que del 'cambio climático'; se trata también de la enorme carga de productos químicos tóxicos, de la minería, del agotamiento de lagos y ríos, debajo y por encima del suelo, de la simplificación de ecosistemas, de grandes genocidios de personas y otros seres, etc., etc., en patrones sistemáticamente conectados que pueden generar repetidos y devastadores colapsos del sistema. La recursividad puede ser terrible." D. Haraway, "Antropoceno, Capitaloceno, Plantacionoceno, Chthuluceno: generando relaciones de parentesco", op. cit. p. 16-17.

mutación biogenética, una catástrofe nuclear u otra parecida tragedia socio-militar, etc. Ya no podemos confiar en la protección que el limitado alcance de nuestros actos busca: ya no es cierto que, hagamos lo que hagamos, la historia continuará. (...) El impacto catastrófico de las recientes inundaciones en Pakistán o de los incendios en Rusia es mucho mayor que el del derrame de crudo en el Golfo de México. Es difícil para alguien ajeno a esas realidades imaginarse qué se siente cuando un vasto territorio densamente poblado desaparece bajo el agua, y millones son despojados de las coordenadas básicas de su mundo-de-la-vida [ing. *life-world*; al. *Lebenswelt*]: la tierra con sus campos, pero también con sus monumentos culturales, materia de la que están hechos los sueños colectivos, ya no está ahí, por lo que, aunque en el agua, las personas son de alguna manera como peces fuera del agua. O imaginarse qué se siente cuando, en una megalópolis como Moscú, ya no es seguro el simple acto de salir de casa y respirar: es como si el entorno que miles de generaciones asumían como la base obvia de sus vidas comenzara a resquebrajarse.²⁰

El diagnóstico se complejiza y el presente se desagrega en cuadros que provocan terrores y esperanzas; futuros distópicos o un horizonte utópico donde la tecnología logrará perfeccionar las capacidades del humano (el gran programa sigue siendo el del transhumanismo tecnófilo que deposita en el desarrollo de la Inteligencia Artificial, por ejemplo, sus esperanzas de lograr la inmortalidad del humano). El género distópico se expande en territorios de la ciencia ficción en nuestro naciente siglo XXI. Abundan los ejemplos en el cine y la literatura. *Black Mirror* quizás sea el ejemplo más popular hoy por hoy. Lo cierto es que la pregunta sigue siendo, *Há mundo por vir?* (*Hay -o existe- un mundo por venir?*), como reza el libro compilado por Danowski y Viveiros de Castro²¹. La posibilidad de un porvenir habitable, aquí en la Tierra, es una vacilación inquietante.

20 S. Zizek, *¡Bienvenidos a tiempos interesantes!*, La Paz-Bolivia, Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, 2011, p. 54.

21 D. Danowski, e. Viveiros de Castro, *Há mundo por vir? Ensaio sobre os medos e os fns*, Florianópolis, 2014.

Vvimos, como bien dice Latour, *durante* el Apocalipsis.²² Nos toca ser, continúa Latour, apocalípticos de un nuevo tipo: “apocalípticos profilácticos”. Nosotros no esperamos el Fin, sino que le tememos realmente, y nuestras energías están puestas por ello en *impedirlo*. Quizás la eficacia de las distopías contemporáneas (así como los esfuerzos interpretativos y analíticos del presente de pensadores como Zizek, Haraway, Latour, Ludueña Romandini, Crary, y un largo etc.) sea la de darnos una representación del porvenir virtual para transformar nuestro presente. Ya a mediados del siglo pasado escribía Gunther Anders: “Somos apocalípticos únicamente para *equivocarnos*. Únicamente para gozar cada día de la oportunidad de estar aquí, *ridículos* pero siempre de pie”.²³

Necesitamos alimentar la esperanza, o, como exclamaba desesperado Domenico en su discurso, “Debemos alimentar el deseo”, y para ello hará falta liberar al individuo de la fatiga, el cansancio y potenciar los espacios de experiencias compartidas. Necesitamos organizar e imaginar al pueblo de los *terrestres* como afirma Latour, de modo que sea posible “hacer florecer ensamblajes ricos en múltiples especies, que incluyan a las personas.”²⁴ Habilitar, cultivar el compost en el que se dé el *Chthuluceno* harawayano, crear alternativas reales al capitalismo como piden Harvey o Zizek. Componer-con los otros *terrestres* ensamblajes intra-activos, parentescos post-humanos con los múltiples otros “co-laboradores y co-trabajadores sin-poyéticos bióticos y abióticos”²⁵:

22 “No hay duda alguna al respecto: Occidente cayó sobre todas las civilizaciones como un Apocalipsis que puso fin a su existencia. Creyéndonos portadores de salvación, nos convertimos en el Apocalipsis para los otros. ¿Comprenden por qué hay que desconfiar de aquellos que acusan al discurso ecologista de ser, con frecuencia demasiado apocalíptico? Negándose a seguir viviendo en el tiempo del fin, ellos, al contrario, han impuesto a las demás civilizaciones un fin violento. Joseph Conrad y Francis Ford Coppola tienen razón: no debemos decir *Apoalypse yesterday*, sino siempre *Apocalypse now*.” (B. Latour, *Cara a cara con el planeta. Una nueva mirada sobre el cambio climático alejada de las posiciones apocalípticas*, op. cit. p. 232).

23 Las palabras son de Gunther Anders, citadas en B. Latour, *Cara a cara con el planeta. Una nueva mirada sobre el cambio climático alejada de las posiciones apocalípticas*, op. cit., p. 244.

24 D. Haraway, “Antropoceno, Capitaloceno, Plantacionoceno, Chthuluceno: generando relaciones de parentesco”, op. cit, p. 19.

25 *Ibíd.*, p. 21.

Ahora hay, en realidad, solo un sueño que supera a todos los demás: el de un mundo compartido, cuyo destino no es terminal, un mundo sin multimillonarios, que tenga un futuro que no sea el de la barbarie (...) en el que la historia pueda tomar otra forma que no sea la de las pesadillas reificadas de la catástrofe. Es posible que en muchos lugares distintos, en muchos estados diferentes, incluyendo la fantasía y el sueño, imaginar un futuro sin capitalismo comience como el sueño de alguien que está durmiendo.²⁶

26 J. Crary, 24/7 *El capitalismo tardío y el fin del sueño*, op. cit. p. 148.